AÑO IV — BUENOS AIRES, 9 DE MARZO DE 1925 — No. 164

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a M. Torrente

AYER Y HOY

El imperialismo de los Gentlemen

AYER

La tradicional idea cuya raigambre se ahondó en el alma contemporánea, — esa idea pretendiendo que el capitalismo occidental abolió la esclavitud, el tráfico de la carne de ébano, por considerarlo inmoral, por razones de humanidad, como degradante para la raza humana y representar la explotación del débil e ignorante por el poderoso, a primera vista pudo parecer muy altruista y humanitaria, pero era y es mendaz y falsa.

La humanidad es una cosa, y el capitalismo, que busca meramente sus sórdidos intereses, es otra. No existe poder en la tierra que pueda convencernos del amor del capitalismo por la humanidad. La verdadera razón de la abolición de la esclavitud es que llegó a ser muy dispendiosa para los patrones. Y también medió la circunstancia que en otras partes de nuestro hemisferio se había encontrado la mano de obra más abundante y muy barata.

Cuando los comerciantes y los capitalistas británicos se aseguraron la posesión de la India, y después de anexársela imperialísticamente, haber aplastado la población por innumerables impuestos, robándole la libertad económica y religiosa, millones de seres hubieron de alquilarse a un precio más irrisorio de lo que podía costar la manutención de un esclavo. Esta, pues, fué la verdadera razón por que se abolió la esclavitud con todas sus brutalidades, ya que en otra parte la energía humana se vendía a menos precio.

En 1788, los gentlemen cristianos e ingleses y también de otros países, capturaban anualmente una cantidad más o menos aproximada de 150.000 esclavos; pero desde 1840 al 48 la cantidad fué disminuyendo hasta 65.000, y desde 1848 a 1860 llegó a 30.000 anuales ("Slavery and Emancipation", por R. D. Owen). Esta baja repentina de carne esclava hizo que los propietarios de esclavos de la Gran Bretaña buscasen otra fuente para abastecerse de una labor más barata. Uno de estos propietarios de esclavos, Mr. Gladstone, en un discurso en Westminster en marzo 30 de 1838, dijo: *"Ustedes ya tienen los medios para conseguir en India, con muy poco gasto, todo lo que pueden necesitar de la mano de obra"* El político inglés se dirigía a sus compañeros, también esclavistas.

Casi la misma expresión de estos sentimientos, se encuentra en el folleto "A short Rewiew of the Slave Trade and Slavery", por H. Hodgson: *"Alentando la labor libre, no solamente podríamos inducir a otras naciones europeas a que abandonen el tráfico de los esclavos — ya que no existe ningún provecho en proseguirlo — sino que podríamos obligar también a los súbditos de nuestras colonias así como a todos los países de América, a que abandonen la esclavitud."*

Los propietarios de chacras y granjas acostumbraban a pagar 150 dólares "per capita" de los esclavos africanos, y, en moneda inglesa, su manutención diaria costaba 2 chelines, mientras en ese entonces el costo de la labor libre en la India insumía tres peniques ("Six Lectures on India", por George Thompson). Aun sucia y mezquina la habitación del

esclavo, necesario era que el propietario la proveyese y, cuando la muerte de aquél ocurría, representaba para él una pérdida de 150 dólares. Comprobado este hecho, Mr. G. Thompson copia una carta de una sociedad antiesclavista de Massachussetts (U. S. A.), y dirigida a otra de la misma tendencia con sede en Londres:

"Me alegra mucho saber el nuevo movimiento que se está produciendo en la India. Sella, este acontecimiento, el destino que le cabía a la esclavitud. La industria de los *paganos* — los anti-esclavistas — arrancará de las manos de los cristianos la presa que ellos no quieren soltar, sordos a la voz de la conciencia y a los mandatos de la religión. Pronto llegará el día *en que el vaticinio de nuestra Randolph* (también anti-esclavista) *será realizado; en los tiempos venideros los propietarios serán mantenidos por los esclavos, y no viceversa. Tan improductiva es hoy la labor del esclavo, que su manutención es una terrible carga para nosotros. A ti, y a las llanuras soleadas del Indostán, deberemos eso".*

HOY

Ese pasado nos parece lejano y desaparecido para siempre. Pero en lo que atañe a la India, las condiciones de la primitiva esclavitud permanecen todavía. La pobreza extrema, las enfermedades, la falta de instrucción y la angustia para conseguir la ración cotidiana, hace que los trabajadores de la India se hallen en una situación mucho peor que los antiguos esclavos que formaban parte del ganado del patrón. Bajo el sistema de la propiedad absoluta, por lo menos a ellos no les torturaba la inquietud de encontrar un empleo a su energía. Sin "seguros de vida", "leyes para los pobres" y otras mogigangas organizadas para velar por sus intereses, ellos, en su libertad, los parias indostanos, bajo la férrea égida del capitalismo padecen sufrimientos más variados e intensos que bajo el régimen de la esclavtud.

Los períodos de carestía y de hambres devastadoras ya forman parte integrante de la vida societaria de la India, causada por los pesados y extorsivos dividendos que debe producir la labor humana, por la exportación de materias primas y de los víveres hacia la metrópoli.

Sir William Digby, en su libro "Prosperous British India", informa que desde la oncena centuria hasta 1745 la India sufrió 18 carestías y, en cambio, bajo la tutela tiránica de la Gran Bretaña, en el siglo XIX, tuvo la amarga experiencia de 31 carestías, con el resultado de 35.500.000 muertos. En este siglo veinte también hubo períodos de hambre. Durante 1906-7, 13, 14 y 1918-19. El "Times" londinense dió la noticia, en febrero de 1924, de la muerte de 6.000.000 de personas en los años 1918-19.

Si estos trabajadores hubiesen vivido en el régimen de la esclavitud absoluta, y siendo exclusiva propiedad de sus patrones, tal vez éstos habrían hecho todo lo posible para no perder un capital humano, que desde el punto de vista monetario — el único para ellos — representaba cientos de millones de libras esterlinas. Lo más pavoroso de esta política económica es que, durante todos estos años de carestía, el capitalismo redoblaba sus dividendos.

Para saber a qué límites de horror alcanzan estos períodos de hambre, desglosemos una escena del libro, ya citado, "Six Lectures on India":

"Tiernas y delicadas mujeres, cuyos velos nunca fueron levantados ante la pública mirada, salían del interior de sus aposentos, en los que los celos orientales habían aprisionado su belleza, y se dejaban caer de rodillas ante el primero que pasaba, sollozando e implorando se les diese un puñado de arroz para sus hijos. Las hermandades apilaban miles de cadáveres bajo las arcadas de algún pórtico de los jardines, propiedad de los conquistadores ingleses. Las calles de Calcuta estaban casi bloqueadas por los agonizantes y los muertos. Los sobrevivientes, enflaquecidos y débiles, no poseían ya suficiente energía para llevar los cuerpos de sus deudos a la funeraria pila o a la orilla del río sagrado o arrastrarlos fuera del alcance de los buitres, los que se alimentaban con restos humanos en pleno día. *Se murmuraba, en las esferas oficiales, que los accionistas del "East India Stock" se inquietaban por sus dividendos.* Entretanto se hacía correr el rumor que los mismos empleados de la Compañía habían provocado la carestía, para aumentar el precio del arroz. *Y que ellos habían vendido ese grano por ocho, diez y doce veces más de lo que les costara.* Solamente uno de esos altos empleados o funcionarios que, *un año antes, no poseía cien guineas, durante la época de miseria remitió a Londres sesenta mil libras esterlinas.*

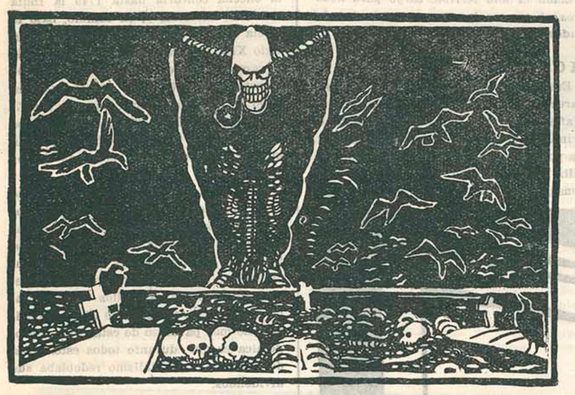
...No hubo una revuelta, ni un solo asesinato, ni la menor violencia. Los desventurados indús, resignados en su desesperación muda, se limitaban a pedir una ayuda que, al no obtenerla, les hacía esperar tranquila y serenamente el gran alivio de la muerte."

Lo que se ha leído hasta aquí es una traducción compendiada de un artículo

aparecido en "Freedom", el periódico anarquista londinense. Su título en inglés es "Chattel Slaves w. Indian Wage Staves". (Literalmente, la traducción dirá: "Los esclavos del plantel del señor y los esclavos del salario". Lo firma N. J. Upadhyaya, posiblemente anarquista indú. En su llamado a los camaradas de "Freedom", dice:

"Esta esclavitud podrá únicamente ser abolida por el esfuerzo unido de los indús, asistido por la simpática acción de los camaradas de todos los países del mundo. No se tema en la elevación del proletariado indú, porque todos los males que padece y los daños que sufre, caerán ante la libertad que se le otorgue. Nunca la libertad dañó a nadie.

Mientras al capitalismo le sea permitido obligar a los indús y los coolies de China a talar los bosques y halar agua para satisfacción y ganancia de la raza blanca, estas razas continuarán siendo un peligro para todos. Pero dejad que esos hombres sean libres e independientes, y entonces ellos devolverán servicio por servicio con el intercambio de materia prima y productos manufacturados. Camaradas, ustedes que se hallan exentos del tóxico del patriotismo y el odio de raza, mi esperanza es que con diligencia y atención estudien los problemas de los trabajadores indús, que son las cuatro quintas partes de un pueblo de trescientos millones. Entonces puede ser que surja para la India el sol de la libertad."



DAVID KOGAN HA SIDO ASESINADO POR LA TCHEKA

Nuevamente se han teñido de sangre las manos mil veces ensangrentadas de los dictadores rusos. David Kogan fué asesinado en los calabozos de la tcheka.

John Turner, el anarquista inglés que formó parte de la delegación laborista a la Rusia de los soviets, trajo la triste noticia, ya presentida por cuantos se interesaron por la misteriosa desaparición de ese buen camarada.

¿Con qué palabras calificaremos este nuevo crimen?

El 15 de noviembre de 1923 se dirigió el Comité unificado de defensa de los revolucionarios presos en Rusia a la Asociación Internacional de los Trabajadores, con la siguiente carta:

"Queridos compañeros,

Como sabéis, las persecuciones de los revolucionarios de Rusia por parte del gobierno, continúan. Sabemos que los compañeros de la A. I. T. toman siempre una parte activa en pro de los revolucionarios rusos.

El Comité de defensa de los revolucionarios presos en Rusia se ve forzado a dirigirse a vosotros rogándoos interpongáis vuestra influencia en defensa de uno de los millares de revolucionarios presos y desterrados. El caso merece vuestro especial interés, porque hasta para nuestras increíbles condiciones rusas, es extraordinario.

El compañero David Kogan, una encantadora personalidad, un distinguido revolucionario, — anarquista que ha pasado muchos meses en las prisiones de Denikin, — ha sido arrestado en octubre de 1922 por la G. P. U. (Tcheka) en Moscú, junto con el anarquista Iván Achtyrsky. Desde aquel tiempo son ocultados. Todos los esfuerzos de nuestros camaradas de Moscú para encontrarlos a fin de hacerles llegar alimentos, han sido infructuosos. Es de notar también que la hermana de Kogan, ciudadana Kubischeva, la mujer de un alto dignatario bolcheviqui, no recibió tampoco ninguna respuesta a sus investigaciones. Ambos camaradas han sufrido en los últimos años muchos períodos de extrema miseria. Nuestros amigos de Rusia están en la mayor intranquilidad por la suerte de estos revolucionarios, desaparecidos sin dejar rastro alguno. Estamos convencidos de que la A. I. T. ahora, como en el caso Schapiro, interpondrá su influencia para que al menos pueda saberse el paradero de esos camaradas a fin de poderlos socorrer. La completa desaparición de esos dos revolucionarios, de manera que no pueden hacer saber su paradero siquiera a los parientes, habría sido imposible hasta en el régimen de Mussolini y de Primo de Rivera. ¿O debemos presumir lo peor para esos dos camaradas, sobre los cuales el gobierno ruso no tiene valor para dar noticias? Rogamos a la Comisión administrativa de la A. I. T. haga lo posible por aclarar este crimen increíble"...

La A. I. T. no podía hacer más que dirigirse a las Internacionales moscovitas y es lo que hizo el 22 de noviembre del mismo año. Todavía es esperada la respuesta.

Desde un principio se abrigó la convicción de que David Kogan había sido asesinado, pues de otra manera los camaradas habrían dado con su paradero en cualquier prisión o destierro que estuviese. Eso explica el silencio sistemático del gobierno ruso y de las Internacionales moscovitas.

A Kogan, por su carácter moral elevado, se le llamaba el "pequeño Cristo". Su rostro, su barba, la melancolía de su mirada, recuerdan al Nazareno. Un camarada que lo conció íntimamente y que estuvo preso con él una buena temporada, M. Mrachtny, nos relata detalles de la vida de Kogan que hacen recordar a Kurt Wilckens; en su vida privada era un santo, por sus ideas se acercaba a la negación absoluta de toda violencia, lo mismo que Wilckens; era vegetariano porque le producía horror el pensamiento de que para vivir él hubieran de sufrir la muerte animales que tienen tanto derecho a la vida como nosotros.

Kogan entró en el movimiento anarquista en 1917, muy jóven aún, y fué secretario de la Federación anarquista de Samara y editor de un periódico libertario. En 1918 fué arrestado por la reacción koltchakista, pero logró escapar. Luego intervino en el movimiento ukraniano y fué hecho preso por Denikin, en cuyos campos de concentración pasó algún tiempo. Fué miembro del secretariado Nabat de las organizaciones anarquistas de Ukrania. El 25 de noviembre de 1920 fué arrestado por los bolchevistas, que poco antes habían firmado un pacto de alianza con Machno, y transferido a Moscú. De Moscú fué trasladado a Ryazan, de donde se evadió en 1921. En octubre de 1922 fué arrestado de nuevo en Moscú y parece que poco después se le asesinó.

Kogan fué uno de los pocos anarquistas presos a quienes los bolchevistas pusieron en libertad para asistir al sepelio de Kropotkin, y no lo hicieron de motu propio, sino forzados por la amenaza del Comité de entierro de retirar, en caso contrario, las coronas enviadas por el gobierno y por las instituciones sovietistas.

La noticia del asesinato de Kogan, que aún en tiempos del zarismo hubiera promovido una tempestad mundial de protestas, hoy nos deja casi insensibles, pues durante los últimos 6 ó 7 años el movimiento anarquista internacional ha dado tantas víctimas a la reacción autoritaria, comunista, militarista o fascista, que un nuevo crimen gubernamental, por tremendo que sea, no nos conmueve de una manera extraordinaria. Ahí está el ejemplo de los fusilamientos y ahorcamientos en España; ni siquiera hubo en nuestra prensa de la península ibérica una palabra de simpatía para los caídos. *Solidaridad Proletaria*, el órgano de la Confederación Regional Catalana, no mencionó siquiera las víctimas de la dictadura militar ni se preocupó de hacer conocer a sus lectores las condenas monstruosas de los tribunales militares. Si en LA PROTESTA sucediera algún día una cosa parecida, todo su personal debería despedirse de volver a tomar una parte activa en el movimiento revolucionario.

La indiferencia con que se contemplan las brutalidades sin precedentes del sistema de gobierno inaugurado por los bolchevistas y que tuvo pronto en Italia, en España y en general en todo el mundo una simpática acogida y una inmediata realización, es un fenómeno complejo que no debe hacernos desesperar aún. Caerá la gota de agua que hará rebasar la copa, no lo dudemos, y si el régimen de Mussolini se vió comprometido gravemente con el asesinato de Matteotti, otro crimen semejante podrá tal vez iniciar la decadencia de las dictaduras.

En el caso de Kogan no sabemos si la responsabilidad recae más sobre el gobierno ruso que sobre sus mercenarios en el extranjero, que se empeñan en mantener en el proletariado la ilusión de una Rusia revolucionaria, cuando los intereses de la revolución exigen que sea puesta ante los ojos de todos la verdad irrefutable de la Rusia convertida en foco de contrarrevolución mundial.

David Kogan, por cuya suerte preguntábamos en noviembre ppdo., y cuyo asesinato por los bolcheviquis ha sido confirmado.

Hoy nos llega la noticia de que María Spiridonova, ese símbolo de la revolución bajo el régimen zarista, lo mismo que bajo el régimen comunista, mantenida en arresto por los nuevos tiranos desde 1918 puede decirse, ha declarado la huelga del hambre a primeros de año y está dispuesta a dejarse morir si no es modificada su situación. Parece que el gobierno ruso le conmutará la prisión por el destierro a un campo de concentración de Turkestán; sin embargo, todavía no se sabe nada de cierto, aparte de la nota trágica que la huelga del hambre duraba ya nueve días al ser enviada la noticia al extranjero. Esa mujer heroica, todo espíritu, porque su cuerpo ha sido martirizado desde 1906 en las prisiones zaristas y luego en las bolchevistas de una manera increíble, con sus 37 años, está al fin de sus días, extenuada por el dolor y las privaciones. El proletariado internacional debiera reclamar ese trofeo revolucionario, arrancándolo por todos los medios de las manos de los verdugos.

Sin cesar llegan noticias de todos los rincones de Rusia: los presos políticos de Solowetzky se declararon en varias ocasiones en huelga de hambre; en estos días llegan informes de que los socialistas y anarquistas presos en Suzdal se declararon a fines de diciembre de 1924 en huelga del hambre y muchos han enfermado gravemente a consecuencia de esa medida desesperada.

La huelga del hambre de los presos políticos rusos, es una tradición que en los tiempos del zarismo alivió algo la suerte de los prisioneros; pero en el gobierno comunista no produce efecto alguno. Sin embargo el hecho de su repetición incesante en todas las prisiones comunistas es la mejor prueba de la situación horrorosa de las cárceles en Rusia.

¿Qué hacer? Los combatientes revolucionarios más decididos pueblan las prisiones de todos los países; una reacción autoritaria como jamás se ha visto en la historia, arrastra las masas sumisas tras la ilusión de los pastores políticos o el cansancio hace abandonar el campo de la lucha a los débiles de voluntad y flojos en convicciones. Ningún partido revolucionario ha sufrido en estos últimos tiempos bajas tan considerables y tan mortíferas como el movimiento anarquista. ¿Qué hacer? En muchas regiones no nos queda siquiera fuerza suficiente para levantar la voz en favor de los presos. Es inútil pedir más de lo que podemos dar; es inútil gritar a la acción y planear proyectos que no podremos realizar, ni local ni internacionalmente. En esta hora crítica, nuestro primer deber es reconocer nuestra debilidad para una acción ofensiva. A lo sumo, lo que podremos hacer es mantener en alto nuestra bandera, sin declararnos vencidos, en espera de días mejores. La mentalidad de los pueblos despertará de su letargo o de su espejismo. Y por más que en ciertos momentos de angustia nos resistamos a reconocer nuestro papel puramente pasivo en estos años de reacción sin precedentes y clamemos contraataque, la realidad está ahí para llamarnos a la reflexión y hacernos confesar que nuestras impaciencias individuales no son un índice de las impaciencias colectivas.

David Kogan ha sido asesinado por la tcheka comunista. No es ya el primero ni será el último. ¿Cuándo caerá la gota de agua que haga rebosar la copa?

D. A. de S.

Berlín, 15 de enero.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

EDITORIAL LA PROTESTA

Temas Subversivos, Sebastián Faure. Un tomo en octavo, 310 páginas.— Buenos Aires, 1922. (Agotado).

Los Anarquistas (Estudio y réplica). C. Lombroso y R. Mella. Un volumen de 170 pág. en octavo, $ 1.—

Mi Comunismo, Sebastián Faure. Un volumen de 440 pág. en octavo. — En rústica, $ 2.— Encuadernado, $ 3.50.

Conferencias, tomo I. — *El Estado, su rol histórico.* — *El Estado Moderno*, por P. Kropotkin. Un tomo de 150 páginas, $ 0.50.

Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbri. — Un volumen de 112 páginas, $ 0.50.

La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin.— Un volumen de 336 páginas, $ 1.50.

Lo que fué Cronstadt en la revolución rusa

El 3 de julio de 1917.

La burguesía, más y más desvergonzada, comenzó después del 18 de junio una caza desenfrenada contra todos los elementos de la izquierda. Cronstadt se hizo sobre todo el blanco de su odio. El gobierno de Kerensky, que trataba de aprovecharse de la revolución para dar un nuevo impulso a la guerra y llevar los trabajadores a la vía del militarismo, se decidió a las persecuciones serias. Se comenzó a arrestar a los cronstadtienses en Petrogrado y sobre todo en provincias, acusándoles de propaganda contra la guerra. Se les aprisionó. A menudo hasta aún se les linchó, sin más ni más.

Cronstadt envió una delegación al ministro de justicia exigiendo la liberación de los detenidos. El ministro declaró que estaban acusados de haber "conspirado contra la seguridad del Estado" y que por consiguiente debían comparecer ante los jueces.

Todo eso excitó a los cronstadtienses. Se reunían diariamente en grandes masas en la plaza del Ancora. Allí se organizaban mitines y exigía la presencia de los miembros del Comité ejecutivo del soviet para que estos últimos tomasen parte en las discusiones sobre los acontecimientos en curso. Una idea nueva ganaba terreno todos los días: "La contrarrevolución está en peligro. La contrarrevolución se ha instalado firmemente en Petrogrado. Hay que marchar resueltamente allá, quebrantarla y permitir que la revolución supere el punto muerto".

Cronstadt se preparaba febrilmente para la acción. No se daba uno claramente cuenta de lo que se iba a hacer. Los mitines que en ocasiones tenían lugar dos veces por día, se sucedían sin que se hiciese oír una sola palabra de los representantes de las corrientes de la derecha. La palabra de orden: "¡A Petrogrado!" repercutió en todas partes. Los fuertes de Cronstadt se pusieron también en movimiento. El fuerte de Monte Rojo, Ino, Constantino, Chanz y otros varios situados al norte y al sur de la ciudad lanzaban telefonogramas exigiendo oradores para poder discutir a fondo sobre los problemas del momento. Pero no se solicitaban más que oradores anarquistas-sindicalistas-comunistas o bolchevistas. Los representantes de esas dos corrientes iban a ellos generalmente juntos. Las discusiones eran muy vivas, porque los bolchevistas se pronunciaban por la Asamblea Constituyente; y además, al defender los soviets, hacían entrever su plan de soviets convertidos más o menos en órganos del poder central. Sobre esos dos puntos esenciales los anarquistas no estaban de acuerdo con los bolchevistas.

Teniendo en cuenta el "peligro izquierdista" inminente y deseando debilitar las fuerzas revolucionarias de Petrogrado, el gobierno de Kerensky decidió enviar varios regimientos revolucionarios al frente. Pero los soldados, que comprendían muy bien el verdadero sentido de la expedición, rehusaron obedecer y el gobierno no se atrevió a insistir.

El 3 de julio, el primer regimiento de ametralladoras, entusiasmado sobre todo por la propaganda intensa de los anarquistas (el camarada Bleichmann y otros) se dirigió armado y en orden de combate, portador de insignias con estas palabras de orden: "¡Abajo la guerra! ¡Todo el poder a los soviets locales!" — hacia el palacio de Tauride. Se ocupaban en ese momento de buscar una solución a la "crisis del poder", dado que los cadetes (constitucionalistas demócratas) acababan de entregar su dimisión como miembros del gobierno. En el camino los ametralladores fueron atacados por un regimiento de cosacos fieles al gobierno, que los obstaculizó en la calle. Se trabó una batalla. Finalmente los cosacos, con muertos y heridos, se dispersaron.

La noticia de ese encuentro fué conocida en Kronstadt el mismo día. En primer lugar una delegación de soldados del regimiento de ametralladoras y algunos anarquistas de Petrogrado aparecieron en la conferencia organizada esa misma noche por los anarquistas-sindicalistas-comunistas en el gran local de la marina de Cronstadt (lugar de ejercicios de las tropas de infantería en tiempo del zarismo). Esos camaradas, fuertemente emocionados, interrumpieron la conferencia y reprocharon a la masa de los asistentes el ocuparse de problemas teóricos mientras que la sangre corría en Petrogrado. La masa se precipitó entonces hacia la plaza del Ancora, arrastrando consigo nuevas muchedumbres de obreros, de soldados y de marineros. Se organizó en el acto un mitin. Una sola cuestión fué puesta a la orden del día: la de una expedición militar inmediata a Petrogrado.

Los representantes del soviet acudieron igualmente. La idea dominante de las masas era la de hacer causa común con los obreros de Petrogrado: exigir, de acuerdo con ellos, que el comité ejecutivo central de los soviets hiciera disolver el gobierno de coalición y que convocase inmediatamente un congreso panruso de los soviets que debía entablar la lucha por la realización de la consigna: "¡Todo el poder a los soviets locales!" y encargarse de encontrar y de declarar una solución definitiva con respecto a la guerra y a la paz. Las masas eran también de opinión que se necesitaba proceder desde el primer día de la sublevación a la toma de posesión de los departamentos espaciosos de los antiguos amos a fin de instalar en ellos las familias obreras que vegetaban en los subterráneos y en miserables covachas. "Es preciso — se decía — que todo el mundo esté satisfecho"...

La organización anarquista-sindicalista-comunista se pronunció firmemente por una demostración armada que debía transformarse en una sublevación general: así sería dado un golpe decisivo al gobierno; este último no podría volverse a reponer, y los soviets no tendrían entonces más que continuar la lucha en todo el país hasta la abolición completa del poder político.

El representante del partido socialista revolucionario de la izquierda, cuya actitud concerniente a la expedición en cuestión era equívoca, no pudo pronunciarse, porque las masas no querían escucharlo.

Los menchevistas no se atrevieron siquiera a subir a la tribuna.

La actitud de los bolchevistas era bastante extraña. Mientras que el bolchevista Rochal predicaba en el mitin la demostración armada con la consigna: "Todo el poder a los soviets locales y al centro", — otros miembros del partido esperaban la decisión del comité central con sede en Petrogrado. Cuando uno de ellos, Raskolnikoff, preguntó a Rochal qué se iba a hacer si el partido se pronunciaba en contra de la demostración, este último respondió: "Eso no importa, nosotros le obligaremos a marchar".

El mitin se prolongó bastante hasta altas horas de la noche. Finalmente se decidió, después de debates vivos y ruidosos, enviar una expedición a Petrogrado como una demostración armada el 4 de julio, con la consigna: "¡Todo el poder a los soviets locales!" Se nombró una "comisión técnica" en el momento, encargada de organizar y guiar el destacamento expedicionario.

El 4 de julio por la mañana, cerca de 12.000 obreros, obreras, marineros y soldados desembarcaron en uno de los muelles del Neva y se dirigieron hacia el palacio de Tauride, portadores de estandartes y de banderas rojas y negras flotando al viento. En el momento en que las masas pasaban delante de la casa de la famosa Kchesinskaya (antigua maestra del zar Nicolás II) donde tenía su sede el comité central del partido bolchevista, Lenin apareció en el balcón, pronunció un pequeño discurso, se excusó por estar enfermo, deseó un pleno éxito y desapareció. Habiendo enarbolado algunos bolchevistas una bandera del comité central del partido en un auto blindado, quisieron ponerse a la cabeza de la demostración. Pero los cronstadtienses les declararon ruidosamente y sin consideración que no marchaban bajo las insignias de los bolchevistas, sino bajo la de los soviets, y les obligaron a ocupar un puesto a la cola del cortejo.

Los cronstadtienses avanzaban en orden perfecto, al son de su orquesta. He ahí la perspectiva Newsky, está cubierta de inmesos carteles patrióticos: "¡Ciudadanos, suscribíos al empréstito de la libertad!... Ciudadano soldado, único digno de la libertad"... Las miradas se pierden entre todos esos colores. Oriflamas cubiertas de inscripciones pretenciosas y burguesas cuelgan de los balcones y las ventanas de las oficinas de banca, resplandeciendo en las fachadas de los restaurantes elegantes, adornando las vitrinas de los almacenes, luciendo como enormes banderas a las puertas de la "oficina de enrolamiento de los voluntarios para el frente".

Es que ese día es el día del "empréstito de la libertad", el día de animación en el campo burgués. El gobierno "revolucionario" de Kerensky suena la alarma, invoca toda la democracia a sacrificarse en el altar de la "patria"; todos deben suscribirse al "empréstito de la libertad" para procurar los fondos necesarios al éxito de la guerra.

Pero la fiesta de la locura guerrera es obscurecida por la marcha de los cronstadtienses:

"¡Abajo el poder del capital!

¡Abajo la carnicería mundial!

¡No tenemos nada que defender en el frente mientras la dominación económica esté en manos de la burguesía!

¡La revolución social avanza a través del mundo!

¡La unión libre de las ciudades y de los campos es la condición de una revolución victoriosa!

¡Todo el poder a los soviets locales!

¡Las fábricas a los obreros, la tierra a los campesinos!"

Las banderas flotan, llaman al proletariado a estrechar las filas, a demostrar su potencia. Su rumor difunde la noticia de que las masas despiertan, se levantan y siguen ya su propio camino.

Fué el 4 de julio de 1917 cuando la burguesía dudó de poder acabar con la revolución. Las masas, ya en esa época, se trazaban el camino de la liquidación social.

El campo burgués rabiaba furiosamente y meditaba su venganza. En la perspectiva Liteiny, los manifestantes fueron acogidos por un fuego sostenido de ametralladoras de las bandas contrarrevolucionarias emboscadas en los pisos superiores de las casas y en los techos. En algunos instantes se amontonaron los cadáveres, entre ellos los de varios anarquistas, uno el portador de la bandera de la organización anarquista-sindicalista-comunista de Cronstadt. Comenzaron una lucha tenaz y un vivo fuego de fusilería... Superado el obstáculo, los manifestantes, aunque menos numerosos y en filas menos bien ordenadas continuaron su marcha. Llegaron furiosos al palacio de Tauride, dode se unieron a los obreros de Petrogrado.

Habiendo penetrado un grupo de marineros en el interior del palacio, hizo salir de él al socialista revolucionario W. Tchernow, declarándolo en estado de arresto como miembro del gobierno de Kerensky; Tchernow exigió su liberación declarándose "ministro socialista". Pero los marineros quisieron saber por qué él que había escrito tanto y durante tanto tiempo sobre la socialización de la tierra, hacía tan poco por su realización práctica. Tchernow dió la culpa al gobierno que no ratificaba el proyecto; pero los marineros explicaron al "ministro socialista" que si él y sus semejantes en lugar de entrar en el gobierno hubiesen quedado con el pueblo en su lucha por el pan y la libertad, los campesinos habrían tomado ya desde hace mucho tiempo posesión de la tierra en común. En ese momento intervino Trotzky, que persuadió a los marineros de que debían dejar libre a Tchernow. Los cronstadtienses decidieron dividirse en grupos de dos o tres mil personas e irse a diversos destacamentos de la guarnición de Petrogrado así como a los distritos obreros a fin de reclutar fuerzas para el refuerzo y la continuación del movimiento.

Uno de los destacamentos, junto con la organización anarquista-sindicalista-comunista estableció su centro de unión en la "casa de Tchekinskaya". Allí deliberaba el comité central del partido bolchevista sobre la demostración. Después de la revolución de octubre, Raskolnikoff contó que en esa sesión el comité central decidió tomar el movimiento en sus manos. Se habían distribuído ya los puestos. Raskolnikoff mismo era nombrado comandante de la fortaleza de Pedro y Pablo. Pero... todavía es un misterio por qué esos "héroes" se ocultaron finalmente y tomaron la decisión de esperar lo que resultaría de la acción espontánea de las masas.

Habiendo sabido el 5 de julio que los pasos hacia Cronstadt estaban ocupados por las tropas del gobierno, la "comisión técnica" fué encargada por el destacamento de ir al comité central ejecutivo de los soviets y exigir garantías para el regreso libre de los manifestantes a Cronstadt.

Durante las negociaciones con la comisión militar del comité ejecutivo de los soviets, sonó el teléfono y se advirtió que las tropas del frente llamadas a Petrogrado por el gobierno para "la represión del motín contrarrevolucionario" de los marineros de Cronstadt habían llegado. El regimiento de Volinsk se aproximaba al mismo tiempo al palacio. Entonces, el menchevista Liber, que accedía al principio a todos los argumentos y demandas de los cronstadtienses, rompió bruscamente las negociaciones y fijó como condición absoluta para ulteriores discusiones la obligación de los manifestantes de rendir las armas, concediendo a la delegación sólo "diez minutos de reflexión" y amenazando con desarmarlos por la fuerza en caso de negativa.

En ese momento Zinovief y Trotzky se encontraban en el palacio de Tauride. Trotzky puso su gabinete a disposición de los cronstadtienses para deliberar. Pero ninguno de los "leaders" del proletariado tomó parte en esos debates conmovedores sobre la suerte del baluarte revolucionario en peligro. La comisión decidió abandonar clandestinamente el palacio a sus propios riesgos y peligros e irse inmediatamente a todas las partes del destacamento para explicar la situación y buscar en común una salida. Durante el trayecto hacia el destacamento más próximo, todos los miembros de la comisión, salvo un anarquista sindicalista, se eclipsaron; éste llegó solo a la "casa Kchekinskaya". Se despertó a los marineros, más de 3.000, a las seis de la mañana. De inmediato se convocó una asamblea. El resultado de las deliberaciones fué que era imposible ponerse en relación con las otras partes del destacamento y se constató que todos los bolchevistas habían desaparecido: Raskolnikoff, uno de los dos que habían sido elegidos para constituir parte de la comisión técnica del destacamento, había desaparecido; Podvoysky, representante del comité central del partido bolchevista, había partido durante la noche. (Los dos tuvieron más tarde el honor ventajoso de ocupar los puestos de comisarios del pueblo para la marina y la guerra).

La advertencia siguiente, en nombre del comandante de la guarnición de Petrogrado, llegó por teléfono durante el mitin: si a las 7 de la mañana no es desocupada la casa, comenzará la acción militar.

Los anarquistas propusieron entonces dirigirse hacia la fortaleza Pedro y Pablo, encerrarse en ella y deliberar en calma sobre todas las cuestiones. La proposición fué aceptada. En marcha hacia la fortaleza se notaron las columnas de tropas gubernamentales que iban a atacar la casa Kchekinskaya. Se supo por vía privada que los ciclistas que llegaban del frente eran los más encarnizados...

E. YARTCHUK

RETRATOS DE AYER

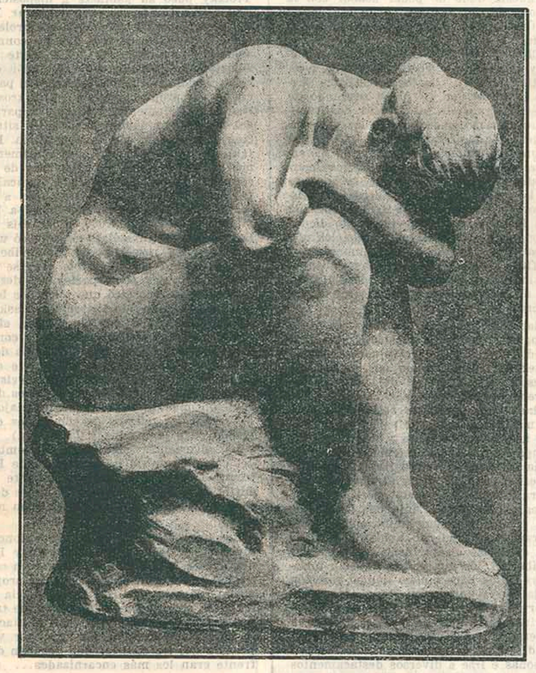
JULES DALOU (1838-1902)

Dalou es el pilluelo de París. Nació el 31 de diciembre de 1838 en la calle "La Femme-des-Mathurin". Su padre, obrero guantero, tuvo, antes de Julio, dos hijas. Como era laborioso y su mujer sabía conducir el hogar con sumo amor y cuidado, la familia vivía sin mucha miseria. Los niños pudieron ir a la escuela.

Las hermanas fueron colocadas, luego, para aprender algún menester propio de su sexo; y Julio, que llegaba a los 13 años quería intentar algún oficio, cuando a Carpeaux, entonces alumno de la Academia de Bellas Artes, al frecuentar el taller donde trabajaban las hermanas, le fueron presentados algunos dibujos y unos modelados, ejecutados por el muchachuelo.

Hallándose los padres de Dalou en otra situación social, quizás se hubieran opuesto a esa vocación, que la burguesía ve nacer con temor en sus hijos. Los obreros, en cambio, no son tan aprensivos: oficio por oficio, mejor es emprender el que se ama. Habiendo Carpeaux indicado los medios y ofrecido sus consejos y su sostén, se decidió que el que debía ser guantero fuera escultor.

Ingresa en la escuela primaria de dibujo, donde Carpeaux era celador y, después de dos años, a la escuela de Bellas Artes. Trabaja con encarnizamiento apasionado, logrando con regularidad los éxitos de todo escolar aplicado. Pero poco a poco fué alejándose de una enseñanza que tan poco concordaba con sus tendencias íntimas, cuanto más se iba afirmando y tiranizándole. Por eso decidió abandonar toda recompensa oficial.



DALOU. — "La Verdad, despreciada"

Rehusaba recorrer una senda fácil, que por su gran aptitud de asimilación le hubiera sido fructuosa. Tales decisiones, cuando las adopta un artista pobre, son un venero de no muy buenas consecuencias; no es la búsqueda original lo que nutre al hombre. Renunciará a ella para emplear su tiempo, su talento y sus fuerzas para la consecución de un bienestar material, o si obedece a los impulsos de su naturaleza, se verá bien pronto sin dinero, sin amigos y en la imposibilidad, en la mayoría de los casos, de poder realizar su ensueño.

A los veinte años, la salud, el optimismo juvenil, la esperanza en un porvenir generoso y el sentimiento arrojado del genio en eclosión, hacen que esas aprensiones no pesen mucho en el espíritu. Al abandonar la escuela, Dalou se dedicó, por cuenta de algunos fabricantes, a la ejecución de modelos de las más varias formas y de diversos estilos. Asimismo, un disecador de animales le procura una ocupación estable, redituándole cuatro a cinco francos por día; lo que hubiera podido infundir la creencia de que renunciaría al arte.

No, por cierto; nunca había pensado en eso, — aunque sus ratos de ocio y solaz fueran muy breves. Así y todo, en 1876 expuso en el Salón — era su tercer éxito — un "Bañista", estatua en barro, cuyas calidades encantaron a los jóvenes artistas, amigos suyos. Uno de ellos, poco después, presentaba a Dalou al arquitecto del Hotel Paiva que, en el calor del entusiasmo, le encargó algunos trabajos importantes de decoración.

Su reputación de ornamentista se difundió rápidamente y le trajo abundantes, aunque fugitivos momentos de prosperidad. Reaparece en la escuela de Bellas Artes, para el concurso del premio Roma, ya marrado una vez, y al fallarle de nuevo desaparece para no regresar más. Poco después anuncia su casamiento.

Desposaba a los veintisiete años la sobrina de una camarada, Irma Vuillier, que tenía diez y ocho. Dalou no poseía más fortuna que su talento, y ella no aportaba otra dote que una inteligencia abierta, el gusto seguro de la gente de buen sentido y una valerosa confianza en el destino de su marido. "Sería él un gran artista", más tarde. Por el momento, lo importante era proveer al presupuesto familiar. Entra el artista a trabajar para unos famosos orfebres, los hermanos Fanniére, ganando de 1,50 a 2 francos por hora para producir modelos anónimos y variados, y de tiempo en tiempo escultpía para el decorador Lefevre mascarones, cariátides, paneles y figuras que todavía ahora, aquí y allá, pueden verse con agrado en más de una casa de París.

Desde su casamiento adoptó las reglas severas de una labor asidua, una vida frugal, una fidelidad al hogar, que las conservaría hasta el día de su muerte, de modo que la fisonomía de ese interior se parece menos a la del artista que a la del obrero.

Siendo modestos los jóvenes esposos, bien pronto pudieron disfrutar de una situación desahogada. No obstante el nacimiento de una hija, pueden alquilar un taller, y el escultor encuentra momentos de ocio para preparar un envío al Salón de 1870, una "Bordadora" que, premiada con una tercera medalla, es adquirida por el Estado.

LA COMUNA

Sobreviene la guerra. Después, la Comuna. En estas circunstancias, sus biógrafos, molestos, callan. ¿Por qué? Dalou fué comunalista. No se avergonzó de serlo, ni nunca se arrepintió. No obró anónimamente, en la insurrección, como un ciudadano oscuro, perdido entre el gentío de las asambleas, ni como un federal extraviado en los batallones. El cumplió un rol sin ruido, que si la Comuna hubiese triunfado, nunca le habría proporcionado una suma de honores ni de riquezas en relación con la pesada condena que le valió la derrota. Y ese rol él lo postuló, aceptándolo y desempeñándolo con escrupulosa conciencia. Evitar ese período de su vida, es dejar de lado algo destinado a darnos la medida de su carácter moral.

En él todo proviene del pueblo. Vive como obrero y piensa como republicano. Si su fisonomía de artista es turbada por las inquietudes, por una incertidumbre constante, su fisonomía de hombre es tranquila, serena y fuerte. Se diría que desde la juventud hasta la tumba se mantuvo en el equilibrio de una rectitud perfecta.

Obrero y republicano desde la edad de trece años, en el pobre aposento del guantero, en el que el imperio no pudo apagar las esperanzas del 1848, resonaban en los días de alegría las canciones de Pierre Dupont, entonadas por toda la familia. Obrero y republicano, lo es en el hogar de trabajadores, simple y limpio, alentado por su mujer, que comparte su fé y espera, como él, el reino próximo de la paz y de la libertad. Además, es hijo de París. ¿Cómo era posible que no se convirtiera en comunalista?

En la fiebre de reorganización que se apoderó de los parisienses al día siguiente de la derrota, las ideas propagadas antes del 48 en varios diarios de arte y discutidas en todos los estudios y talleres, se encarnaban en los hombres. Los artistas pensaron agruparse en una sola corporación para defender contra las castas de dignatarios y de las administraciones fosilizadas los derechos de los talentos juveniles.

El 13 de abril de 1870 una "asamblea general" de artistas aprobaba un manifiesto, proclamando "la libre expansión del arte, desligado de toda tutela gubernamental y de todos los privilegios" y organizando "el gobierno mundial del arte por todos los artistas". El manifiesto, entre otras cosas, preconizaba la supresión de los presupuestos destinados a las escuelas de Bellas Artes de Atenas y Roma, al Instituto, al Salón, a las compras y los socorros oficiales, propiciando, en cambio, el aumento de las sumas para realizar fiestas públicas y para la enseñanza artística.

El 17 de abril se integró una comisión, proponiendo medidas precisas al gobierno insurreccional, respecto a los monumentos, a los museos, las exposiciones corrientes y la enseñanza. El presidente era Courbet. Dalou fué elegido por los escultores. El 16 de abril, la administración del Louvre fué destituída por un decreto de Vaillant, delegado de Instrucción Pública. Y sobre el proyecto de la comisión federal de artistas se nombró al pintor Ounidot administrador provisorio, el pintor Hereu y el escultor Dalou como delegados auxiliares.

Desde el 19 el pintor Ounidot deja de aparecer por el Louvre. Hereu y Dalou se instalan, al contrario, esforzándose, por una parte, de informarse sobre la veracidad de las acusaciones hechas contra la revocada administración y, por la otra, tratando de tranquilizar la excitación de una muchedumbre cada día más colérica y amenazante. Uno de los agregados de la antigua burocracia del museo — M. Darcel — quien luego, en 1872, describía esa situación con los sentimientos hostiles que es de suponerse, se tomó la pena, sin embargo, de afirmar que los dos delegados "se habían quedado en su puesto a fin de salvaguardar el museo, defendiéndolo de los bribones de la Comuna, que se revolvían alrededor del edificio". Esta justificación, no osó reproducirla sin algunas reticencias. Es que de los dos delegados, de uno por lo menos, no conservó sino amargos recuerdos. Dalou, por ejemplo, no tenía nada de amable, ni de conciliante, y particularmente en esas circunstancias. Persuadido de lo que debía ser su misión, se propuso no caer un ápice. Frecuentemente intervino cerca del comité para

RODIN — Busto de Dalou.

presentar o aprobar las medidas y las ideas para la redacción del manifiesto del 13 de abril. "M. Dalou, escribía Darcel, frío, reservado, hablaba muy poco, pero sus palabras eran verdaderamente de oro. Así, con el tono más simple del mundo, nos declaró que si él hubiese ocupado un lugar en la Comuna, nos habría conservado en la cárcel hasta que los cuadros enviados a Brest (por la antigua administración) fueran devueltos al Louvre".

Desde el instante que se aproximaban los versalleses y las Tullerías ardían en llamas, ni Hereu ni Dalou abandonaron el Louvre. Un solo miembro, Barbet de Jouy, de la antigua administración, había quedado en el Palacio. Hereu, de su propia mano firma, la mañana del 24 de mayo, la declaración siguiente: "El subscripto declara que no quiere aceptar la libertad que le ofrece M. Barbet de Jouy. Se constituye prisionero y a disposición de los jueces. Su conciencia nada le reprocha. Abandonado por aquellos que le nombraron delegado, cree que su deber es quedarse y no huir...

La mujer de Dalou, con una hija de cuatro años de edad, se había reunido con su marido. Se hallaban pues los tres, encerrados en un escritorio, vigilados por los empleados, mientras los versalleses recorrían el palacio, momentos antes abandonado por los soldados nacionales. El 24 a la tarde, Barbet de Jouy, que sabía que si los dejaba a su suerte era colocarlos con la espalda a la pared, les ofreció ampararlos en su oficina, hospitalidad que Dalou aceptó por el billete siguiente:

"En presencia de las dificultades, cada vez más numerosas, aceptamos con

profunda gratitud el asilo que se nos ofrece, poniéndonos bajo su amparo".

En fin, el 25 a la mañana, Barbet de Jouy, dándole el brazo a la señora de Dalou, que en brazos llevaba su hijita, les ponía en libertad a todos, y así les proporcionaba alguna probabilidad de salvación.

Es solamente el 6 de julio cuando Dalou, que había recibido una orden de arresto, pudo obtener por sorpresa un pasaporte a su nombre, y trasladarse a Londres con los suyos, donde su amigo de infancia, el pintor y escultor Legros, que disfrutaba una notoriedad muy grande en su país de adopción, les esperaba para socorrerlos con el más cordial afecto.

En 1874 Dalou fué condenado en contumacia a la pena de trabajos forzados a perpetuidad, por usurpación de funciones públicas.

PAUL CORNU

(Continuará)

El genio y la multitud (1)

Escribe música. Crea. Conoce todos los ruidos de la Naturaleza y los ausculta. El papel se llena de notas que salen a saltos de su pluma roma. Ruge la tormenta. El cielo está negro y la atmósfera iracunda y procelosa. Estalla la armonía horrenda. Son las cóleras del Universo, que revientan del pian estremecido. ¡Crea! Crea! Crea! El trueno salta a través del espacio. Silban las nubes en fuga y el tifón se enrosca y gira y muje en el étar y patalea como un toro herido. Ondula el muchacho y las notas se hamacan con ese vaivén gigantesco, de las borrascas del mar. El escribe eso! Ha encontrado el grito pasional del Orbe. La muchedumbre pasa al lado de su piano, escucha, ríe y va al teatro por secciones. El artista sufre... y crea. Pasa en la alegre trova, la mansa canción del cielo azul, las notas serenas de la Naturaleza en calma, y el sol trae en su fragua al rojo blanco, todos los resoplidos y los fragores del incendio, con que calienta el tálamo nupcial infinito de los mundos. La fecundación tripudia y el pólen cuchichea los ministeriosos cantos de la linfa en movimiento. El artista, inclinado un poco hacia la madre tierra, ausculta y escribe todo eso, y la muchedumbre pasa, ríe y prefiere oir el crugido de la pantorrilla de Naná... El artista sufre y crea... la oda del mediodía, el gemido del verde dilatado bajo la caricia gigantesca del sol perpendicular, la postración brutal de la lascivia satisfecha y el hondo ensueño de la siesta de las praderas, y más tarde llora la melancólica vidalita del sol, que trasmonta las quejas de los átomos al gran padre que se va, y las armonías que vibran del piano son como místicas salmodias de órganos celestes, llenas de unción, de plegarias, y de paz... la muchedumbre pasa y ríe y ensaya un cancancito flojo. Hay en la boca-calle un órgano sobre el dorso de un calabrés que ronca la danza pornográfica. Mientras tanto la pobreza entra al hogar del artista y con ella el frío y la mugre.

Los hijos comen poco; la mujer cose y se enflaquece, mientras el corazón de la humanidad grita su pasión en las sinfonías que el músico compone, en las marchas solemnes que describen el camino de la humanidad sobre la tierra en su brega civilizadora, con los trenes que cantan sus congojas y sus derrumbes, en los himnos que tienen el estrépito de sus resurrecciones. La muchedumbre pasa y ríe, arrebata de las librerías la última novela afrodisíaca, y la polilla humana del genio carcome, desmenuza y destroza en los almacenes su música polvorienta. No se vende. El artista sufre. El piano se ha envejecido. Algunas cuerdas de bronce se han roto y los pedales se han hecho pedazos y las teclas saltaron quién sabe donde. Es un esqueleto. Desafina. Tiene notas ásperas que hacen acordar del estridor de la carcajada y de las muecas del sarcasmo. Adios, hermosa visión desmoronada, fantasma creador! Eres una larva y tienes la tristeza mortal de los que van a desaparecer! Y el artista gigantesco y lívido, pobre soñador equivocado, echa todavía sobre el teclado su mano seca y fría de cadáver; sombra moribunda yá sin ojos, sin oído, y sin rostro, con los pedazos de su piano se va retirando hacia el silencio eterno, como una cosa estéril que hubiera pasado sobre la tierra sin hacerse sentir. El fuego de una cocina cualquiera ha devorado el instrumento y el cuerpo del artista se ha deshecho en la podredumbre de un osario. La muchedumbre prefiere siempre la danza del vientre de una bayadera, lee la última novela afrodisiaca.

FRANCISCO SICARDI

(1) *Sicardi es un escritor de recio temperamento; ha escrito varias novelas porteñas, donde narra con un lirismo ardiente, quizás demasiado frondoso, la vida azarosa de los humildes. Hoy ya no se lo recuerda, injustamente* — Z

Los militares empollan

APÓLOGO SIN ORIGINALIDAD

Escribir un apólogo es obra de filósofo y de poeta.

Yo carezco de imaginación y estoy seguro de no haber descubierto una sola idea nueva. Por eso, debo resignarme a escribirlo empleando — como si me los prestaran — concepciones ajenas y hechos reales muy próximos, a los cuales aplico nociones adquiridas que circulan con profusión.

Mi poeta será el admirable Maupassant, cuyo "Toine" me persigue tenazmente desde el 5 de septiembre. Los hechos a los cuales referiré la fábula están aconteciendo en Chile desde esa misma fecha. Mi filósofo — mi prestamista de ideas — es el sentido común.

Unicamente así soy capaz de escribir un apólogo: este apólogo sin originalidad.

Sin duda lo recordáis al grueso, alegre y ocioso cantinero Toine, que se pasaba la vida envenenando al público y envenenándose él mismo con el licor que despachaba. Sabía tan a perfección el oficio, que sus clientes nunca dejaban de invitarlo a beber con ellos.

Vivía así, feliz y contento, desentendiéndose socarronamente de los reproches que solía hacerle su mujer, una paisana ruda, tosca, activísima y egoista.

Pero un día Toine cayó enfermo de una fiebre que lo mantuvo postrado en cama largo tiempo. Entonces él se hizo conducir cerca del mesón, para escuchar detrás del tabique las voces de los parroquianos, que no pudiendo ya convidarle "tragos" cambiaban palabrotas sin verlo. Luego los íntimos empezaron a informarse de su salud; y por último, pasaban con él las horas, jugando y dando voces y bebiendo.

La paisana, su mujer, no hacía sino sufrir esta culminación de ociosidad, y se la echaba en cara insistentemente. Ni para eso interrumpió su tarea eterna. Pero su paciencia ya se agotaba, al verlo plácidamente jugar y jurar desde el lecho.

Un día alguien, malicioso, le insinuó que aprovechara siquiera el calor de enfermo de su marido. Y el egoísmo dinámico, avasallador, que la movía, la decidió a obligar al pobre Toine a empollar, como una clueca, bajo los brazos, a trueque de comer.

Nadie sabría expresar lo feliz que ella fué cuando retiró los pollitos, a cuyos movimientos de torpeza cosquilleante y a cuyo tibio latir el enfermo empezaba a acostumbrarse.

El cantinero-incubadora se aficionaba al milagro de los huevos fecundos, como una verdadera madre; pero era en vano resistir a su mujer, que, triunfal, había logrado aprovechar su enfermedad y su pereza, dominándolas.

Yo veo en Toine a los militares — ociosos, viciosos y satisfechos — viviendo parasitariamente de la sociedad.

Junto a ellos, que a pesar de todo la defienden infundiendo temores sin objeto, la miserable sociedad capitalista gruñe y reclama más eficacia, más utilidad, mayor provecho

Casada con el militarismo se halla la minoría usufructuaria que, pues gobierna, vive la ilusión de una actividad inagotable.

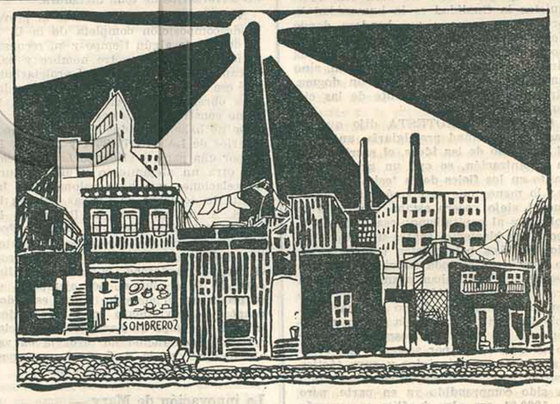
Pero en esta hora del mundo en que las instituciones armadas carecen de destino social — lo que señala su postración definitiva — el egoísmo de las clases poseedoras y dirigentes procura emplearlas en alguna tarea nueva, jocosamente inesperada e inconciliable con su función específica, con su modalidad repudiada. Y a trueque de dejarlas vivir, de darles de comer, bajo el control diligente de su multifacetada miseria llevan a las milicias a incubar el futuro, la sociedad de mañana, dirigiendo el Estado de hoy.

El soldadito siemple, ingenuo, irreflexivo, se aficiona a la función cómoda; pero no pierde su crueldad profesional, aun cuando no experimenta sensaciones nobles, y se descubre algunas ilusiones. ¡Cómo se satisface toda su vanidad! Hasta piensa que acaba de descubrir su verdadera vocación.

Pero es en vano. Tosca, ruda, bárbara, la minoría capitalista mueve, señala, conduce, dirige. Gerente de la empresa, el soldadito no consigue más que aumentar el dividendo de los escasos accionistas que explotan el Estado como otro negocio.

Al final, nos daremos cuenta de que todo ha convergido a dar satisfacción a sus egoistas, a sus tiránicos, a sus miserables propósitos, aunque aventuraron perder gerencia, acciones y negocios.

DANIEL SCHWEITZER



PIEDRAS

Sollozos y gemidos —

Al pasar, de un cuartucho me llegaron
sollozos y gemidos; y me alejé pensando:

¿Cuándo os olvidará la voz humana?
Sollozos y gemidos: sombras de la palabra.

El sol naciente y una chimenea —

Sobre el fantasma de una chimenea,
en su ascenso, un instante, se estuvo el [nuevo sol:

Cuerpo oscuro y cabeza luminosa.
Me dije: esto es en síntesis la humanidad [de hoy.

Soledad del pensamiento —

Entre el bullicio, en las calles, negocios, [teatros..; siento
tu soledad, pensamiento.

Soledad del pensamiento: Te miro como [a una cumbre,
¡una cumbre que quisiera hablar con la [muchedumbre!

Vidriera de sombrerería —

Gorras y chambergos... Bah, ninguno [brilla
como las galeras que a la luz rutilan

Brilláis, sin embargo, galeras de felpa:
¡Sois los ataudes de la inteligencia!

Alvaro Yunque

CAÑAS VERDES Y BIZARRAS

David

David niño mata al gigante. David es lo nuevo y rebelde. La hojilla que se abre camino en la tierra. Nadie la reconoce, nadie la ve. David pugna con la autoridad basada en la fuerza. Pasa por nuestro lado con su honda y sus grandes ojos alerta. Pero no es nadie.

Media hora más tarde, asestó el golpe. Todos acudimos a verle. Ya le adoramos. David, entonces, debería volvernos las espaldas. Pero... ¿quién rehuye la adoración? ¿Qué David victorioso ha creído, alguna vez que la lisonja era lisonja?

Inmundicias, específicos

El coche, al correr, se llena de inmundicias.

Los zapatos, el traje y el sombrero, al vagar por las calles el hombre, se llenan de polvo y basura: inmundicias.

Las manos, la cara, el cabello, recogen lo que da el arroyo.

El corazón y la inteligencia reciben de la calle sus obsequios repugnantes.

El coche se lava; el traje, los zapatos y el sombrero se cepillan; la piel se enjabona y ducha.

Específicos para lo demás: orgullo, autodirección, sentimiento religioso de la vida, campo y lectura.

El día turbulento

Hay días que son como una niña rubia, colorada y blanca; otros que se asemejan al oso gris y lento de los zingaros; otros, como jardines o como estepas; otros, en fin, que tienen dentro de su caja temporales de mar y cielo, motores y volantes y descompasados, olores que trastornan y caras desiguales o neuróticas.

Cuando los vemos alejarse tenemos la sensación de haber perdido la facultad de oír y la de recordar. Todo nos parece olvidado y ensordecido.

Puede ser que a la mañana siguiente le duelan a uno las piernas. Son agujetas. Para los que vivimos de pie en un filo como las balanzas de precisión, el caso del día turbulento nos sume en lo maravilloso. ¿Cómo hemos podido sobrevivir?

J. MORENO VILLA

LA UNIDAD DE CLASE Y SUS DERIVADOS

III

¿La organización como medio o como fin?.—

Al rechazar los anarquistas de la Argentina el "frente único" del proletariado, significaban con ello que nuestras ideas deben actuar independientemente en el movimiento obrero, crearse un medio de propaganda y de lucha propia, constituirse en fuerza autónoma.

Ser proletario no es bastante para ser partidario de una revolución; la demagogia marxista atribuyó a los trabajadores una misión histórica fatal y se esmeró en divulgar la idea del proletariado como clase; partiendo de ese punto de vista, toda escisión de esa clase unitaria, sería un atentado contra los intereses revolucionarios; la deducción parece lógica; pero la premisa es completamente falsa; el proletariado no es una clase unitaria, sino un conjunto inconexo de las más diversas y contradictorias tendencias y categorías humanas; del proletariado surge el rebelde, como surge el sostenedor pasivo del orden actual o el sicario de la reacción; el fascismo italiano, el comunismo ruso, tienen un origen netamente proletario, más aún: nacieron de los estratos rebeldes y combativos de la clase obrera.

Con la experiencia en la mano, los anarquistas de la Argentina pueden demostrar que si en lugar de constituirse desde el principio en creadores de un movimiento obrero libertario, se hubieran contentado con predicar una abstracta y supuesta clase unitaria, a estas horas no tendrían las ideas anarquistas tal difusión y tal arraigo en el país.

Al negar la unidad de la clase obrera, se deduce que las organizaciones creadas por los anarquistas no podían ser organizaciones sindicalistas, abiertas supuestamente "a todas las tendencias", sino que habrían de responder a una finalidad ideológica determinada: el comunismo anárquico. El comunismo anárquico como finalidad de la organización obrera fué la piedra de escándalo y lo continúa siendo en el mundo de los adversarios del anarquismo. Pero esa finalidad no se manifiesta sólo en la Argentina: en el período de la vieja Internacional, las organizaciones italianas, españolas y suizas proclamaban valientemente la anarquía, el ateísmo y el colectivismo. La invención de la doctrina sindicalista, para recoger todas las corrientes ideológicas del movimiento obrero en una sóla organización de clases, es un derivado del marxismo, no de Marx mismo, sino de sus continuadores. Sin la metafísica sindicalista, a nadie se le hubiera lógicamente ocurrido que podrían existir organizaciones revolucionarias sin una finalidad, sin un propósito final. El hecho de agrupar obreros no significa que se trabaje para la revolución; obreros agrupan los católicos, los liberales burgueses, los comunistas, los fascistas italianos, los fascistas alemanes, etc. y no precisamente para producir la libertad y la dicha humanas, sino para resistir a toda tentativa de una modificación fundamental del orden existente.

La acción contra la propaganda del "frente único" llevó de la mano a una crítica profunda al concepto de organización: en todos los tiempos fueron los individualistas los que mantuvieron viva la crítica a la idea de organización, pero sus soluciones no han convencido más que a los individualistas mismos. La propaganda contra el "frente único" produjo casos en que una organización de la F. O. R. A. se encontró escindida por opiniones inarmonizables; la propaganda comunista y la del anarquismo dictatorial consiguieron sembrar alguna confusión; en gremios como el de zapateros y otros, las opiniones estaban tan equitativamente repartidas que no era raro verlos cambiar de frente, por un par de votos más o menos, cada semana. Cuando triunfaban nuestros adversarios, los comunistas y anarquistas-dictatoriales gritaban contra todo propósito escisionista; cuando el triunfo correspondía a nuestros amigos, la escisión era la única salida de los predicadores del "frente único"; así sucedió en los zapateros, en los chauffeurs, etc. La diferencia está en esto: que los anarquistas han dicho desde el primer momento que la organización por la organización es un absurdo que no conduce a nada, que la organización no debe ser un dogma; cuando las opiniones en su interior están divididas y no consiguen armonizar, es recomendable una escisión para evitar choques y roces inútiles que neutralizan toda labor de propaganda. No obstante este punto de vista, los que realizaron más escisiones en la Argentina, fueron los solamente realizaron escisiones en organizaciones como las citadas, sino que llevaron su despecho fuera de las organizaciones mismas, hasta el punto de negar toda solidaridad a los trabajadores organizados en la F. O. R. Argentina y de considerar como un hecho revolucionario el sabotage y la traición contra todos los movimientos de la F. O. R. A o de sus gremios.

La organización no es un fin para los anarquistas, sino un instrumento, un medio de lucha y de propaganda; eso quiere decir que requiere unidad ideológica, pues de lo contrario toda propaganda y toda lucha efectiva serán imposibilitadas. En la mera organización no hay que ver solución a ningún problema cuando no es fundada sobre la base de un propósito final, que para los anarquistas es la humanidad libre y para los comunistas, por ejemplo, es un simple cambio de cadenas. El proceso lógico de la organización nace de la afinidad de ideas e intereses; a la organización se va para acrecentar nuestra fuerza individual y nuestras posibilidades personales; eso equivale a sumarse a un conjunto que piensa y quiere lo que nosotros queremos y pensamos. Si para los anarquistas la finalidad es la humanidad libre, es en torno a esa bandera donde deben agruparse, sumar sus esfuerzos, y no bajo un principio que contradiga sus fines. La organización no es un fin, sino un medio, repetimos; no es un dogma, sino una resultante viviente de las circunstancias.

Cuando LA PROTESTA dijo que en caso de necesidad prestigiaría, antes que el sacrificio de las ideas, el sacrificio de la organización, se cyó un grito de espanto en los fieles de la tesis sindicalista; lo menos que se clamó entonces fué que el viejo vocero estaba vendido a la policía y al capitalismo; esa actitud pareció una blasfemia contra un fetiche inviolable. Los bolchevistas tronaban desde Moscú contra toda escisión, al mismo tiempo que dedicaban grandes sumas a provocar una escisión en su favor dentro del movimiento obrero internacional. Solo los anarquistas de la Argentina recogieron el guante y respondieron que no se esforzarían por sostener una organización cuyos principios y cuya táctica contradijera las ideas libertarias. Esto ha sido comprendido ya en parte, pero en 1920-21 era algo insólito y requería una cierta dosis de audacia.

LA PROTESTA, y con ella la mayoría de los camaradas, sostuvo que defendería a la F. O. R. A. aunque no quedara más que un sólo sindicato adherido o simplemente el nombre. Con eso se reafirmó la convicción de no aislar el anarquismo de un movimiento obrero autónomo Y tal actitud frustró toda la maniobra unificacionista, porque los adversarios del anarquismo saben que mientras éste quede en pié en el movimiento obrero con sus ideas, ninguna otra tendencia puede prosperar largo tiempo.

El congreso unificacionista.—

En marzo de 1922 se celebró el congreso de unificación obrera; cómo en 1909 se realizó la unificación de los sindicalistas y de algunos gremios autónomos; el resultante, que en 1909 fué la C. O. R. A. fué en 1922 Unión Sindical Argentina. En enero del mismo año, publicó López Arango una serie de editoriales en LA PROTESTA, editados luego por la F. O. R. A. con el título *El problema de la unidad obrera* (16 págs.); en esos artículos se somete a un juicio sereno la realidad de la tentativa unificacionista y se prevé la trayectoria del organismo probablemente resultante; hoy, dos años más tarde, confirmamos su exactitud; la U. S. A. no era una agrupación natural de fuerzas afines y se ha escindido; algunos gremios se declararon autónomos nuevamente, otros se aislaron para formar el germen de una nueva organización gremial sometida al partido socialista; el nombre de la U. S. A. se sostiene ya dificilmente.

Así como la huelga de las bombas de marzo de 1920 fué inspirada por la policía, se ha venido a descubrir en 1923 que la U. S. A. y una pretendida organización "libertaria" creada por el grupo *Bandera Roja-El Trabajo* no estaban libres de elementos policiales; hasta ahora fueron desenmascarados dos espías que jugaban un papel preponderante en la U. S. A. y que ocuparon un puesto de honor en la lucha contra LA PROTESTA y la F. O. R. A.

En el congreso de unificación, dominado por la necesidad imperiosa de formar un frente único contra los anarquistas, salieron a relucir tres tendencias principales: reformistas, comunistas y anarco-dictatoriales. Los sindicatos de la F. O. R. A. habían comprendido ya el significado de la maniobra y se rehusaron a participar en ese congreso. Las diversas tendencias consiguieron, tras no pocos esfuerzos, armonizar en la adopción de una fórmula: *Todo el poder a los sindicatos.* El lenguaje de las resoluciones, por lo demás, es tomado al léxico revolucionario, lo mismo que se hizo en 1915, cuando se quiso substituir la recomendación del comunismo anárquico de la declaración de principios de la F. O. R. A. Otro recurso táctico, empleado también en ocasiones análogas anteriores, fué el de ofrecer los puestos directivos de la nueva organización a los renegados del anarquismo, que continuaron, lo mismo que los ex anarquistas rusos convertidos en agentes del gobierno comunista, sosteniendo que los verdaderos libertarios eran ellos, los propulsores de la dictadura sindical y no los adversarios de toda dictadura.

No pretendemos ser profetas al prever la descomposición completa de la U. S. A. dentro de algún tiempo y su reconstitución ulterior, con otro nombre y bajo la capa del frente único del proletariado. Fué esa la historia del reformismo en las filas obreras de la Argentina; la U. S. A. no constituirá una excepción.

De no haberse producido entre los partidarios de LA PROTESTA y la F. O. R. A. por una parte y el grupo *La Antorcha* por otra un alejamiento y una ruptura de relaciones que ha ocasionado un lamentable derroche de fuerzas, tal vez la U. S. A. no existiera ya. Revisando la prensa del grupo *Bandera Roja-El Trabajo* se comprueba que estos elementos han dejado en pié un lazo de unión con el grupo *La Antorcha* (la actitud conciliadora de J. M. Suárez, por ejemplo); si se produjera el acuerdo entre esos dos grupos el movimiento en la Argentina sufriría un golpe de cierta trascendencia, pero la regeneración no tardaría en venir siempre que la F. O. R. A. conservase en alto su pabellón tradicional.

La innovación de Marx.—

Hasta 1847 se empleaba raramente en la literatura revolucionaria un lenguaje dirigido exclusivamente a los trabajadores como clase; se decía siempre en la propaganda por un mundo mejor: todos los hombres son hermanos, y se apelaba a los hombres de corazón y de buena voluntad para la lucha contra la tiranía y la opresión. Desde la aparición del *Manifiesto Comunista*, se dijo: Trabajadores de todos los países, uníos; una fórmula que ha sido interpretada como una fraternidad exclusiva entre los obreros. Ciertamente, la revolución social será fruto de los grandes masas proletarias; los combatientes del mundo del porvenir no saldrán sino excepcionalmente de los palacios o de las capas de la burguesía explotadora; pero es que en el obrero revolucionario está por encima el hombre que el obrero. Por encima del concepto del proletariado está el concepto de la humanidad; en la conciencia del proletario que lucha por un mundo mejor, encontrareis en primer lugar la dignidad humana ultrajada por la tiranía o la opresión y sólo en segundo plano al zapatero, al albañil, al carpintero...

El proletariado, como clase, es un concepto abstracto; en la realidad no es así; en la realidad el proletariado es un complejo divergente, que en parte sufre pasivamente, resignadamente los males sociales, en parte se alía a la burguesía y a la reacción y en parte también se asocia para combatir por la libertad y por la justicia. La innovación de Marx ha sido un arma demagógica política, pero no tiene contenido alguno; mucho más real y más revolucionario es decir que todos los hombres son hermanos y que todos deben unirse en la libertad en lugar de romper la solidaridad humana en una lucha monstruosa de todos contra todos.

Una razón poderosa por la cual los anarquistas desdeñan en cierto modo la panacea derivada del marxismo, es porque la libertad y la justicia no resultarán de la dominación política por los trabajadores; el mal no está solamente en la burguesía, en el capitalismo, en el Estado; el mal está en primer lugar en la *servidumbre voluntaria;* la tiranía hay que combatirla también en los esclavos, más tal vez que en los tiranos; el esclavo y el tirano están formados de una misma pasta; si suprimimos el tirano, dejando en pié la esclavitud, no habremos hecho nada por la libertad.

Es preciso superar ya ese período de lisonjas a la clase obrera; no es cantando loas a los trabajadores como iremos a la revolución social, sino predicando la verdad; y a la verdad pertenece nuestra convicción: de la situación actual es también culpable el esclavo y el explotado como el tirano y el explotador.

Los trabajadores no tienen misión alguna histórica providencial y fatal que cumplir en tanto que trabajadores; sólo cumplen una misión los que están provistos de una voluntad de acción, los que sienten despertarse en su conciencia la dignidad humana.

El ideal de un movimiento obrero es aquel que inspiró el ala bakuninista de la primera Internacional: Junto al relojero, al albañil, al sastre, estaban inscriptos Eliseo Reclus, geógrafo, James Guillaume, profesor..., es decir, por encima del oficio está la comunidad de ideas, por encima del obrero está el hombre que busca a sus afines para producir un cambio fundamental en la sociedad de la desigualdad y del privilegio.

El idealismo de los pueblos.—

Para justificar la tesis sindicalista se dice que los pueblos no entienden de ideas abstractas, que las palabras justicia, libertad, fraternidad les son enteramente extrañas, que sólo se mueven tras intereses materiales concretos.

No necesitaríamos grandes investigaciones para demostrar que eso es falso; los grandes movimientos históricos han sido realizados siempre por las grandes masas tras ideales de justicia y de libertad; ciertamente, esos ideales eran ilusorios, no podrían haberse cristalizado jamás en realidades liberadoras, porque hasta el último tercio del siglo pasado no se llegó en las filas revolucionarias a la convicción de que la revolución social que se aparta de la vía libertaria es una revolución perdida para la causa de todos, para la causa del socialismo. Pero eso no quiere decir que los pueblos no hayan sido movidos en primer lugar por el poder de los diversos idealismos históricos. Podríamos hacer a las grandes masas el reproche opuesto: que no pensaron nunca en las ventajas materiales, que han sacrificado su vida en torno a abstracciones fantásticas, primero tras la bandera cristiana, después tras la de la república, luego tras la de la socialdemocracia y el comunismo autoritario. Los que se han movido por intereses puramente materiales fueron los explotadores de las masas, las minorías privilegiadas; las grandes masas desconocen ese egoísmo inhumano y están siempre dispuestas al sacrificio en pro de la causa que suponen justa y verdadera.

Los anarquistas debemos esforzarnos por hacer comprender a los pueblos que deben dirigir más que hasta aquí sus miradas hacia las ventajas materiales, que no deben lanzarse a aventuras que sólo benefician a minorías tiránicas y explotadoras. Lo que es necesario es que no se muevan tras las codicias materiales y egoístas de los dominadores. En punto a reivindicaciones concretas, los anarquistas que sostienen constantemente que la tierra debe ser para el que la trabaja, que las fábricas deben ser para los obreros, están en primera línea. Pero junto a esas reivindicaciones concretas, positivas, completamente materiales, predican reivindicaciones morales sin las cuales las ventajas materiales carecerían de significación liberadora: la solidaridad humana, la libertad, la justicia sociales.

D. Abad de Santillán

En el artículo anterior del compañero Santillán, tercera columna, segundo párrafo, donde dice "en abril de 1920" debe leerse: 1902; y algunas líneas más abajo donde dice "16 de junio de 1920" léase junio de 1902.

No corregimos otros errores de menor importancia deslizados en ese y otros trabajos, porque el buen criterio del lector los habrá salvado. — N. de R.

—— ••• ——

Caridad y solidaridad

La sociedad es un medio hallado por el hombre para completar la satisfacción de sus necesidades.

Sin ella, falto de los poderosos recursos de la ciencia, del arte y de la industria, vegetaría el hombre ignorante, rudo y miserable, como uno de los tantos seres de la escala zoológica.

Con ella, por la agrupación ordenada y metódica de todas las inteligencias y de todas las actividades, completada por la justa distribución de todos los productos, puede el hombre alcanzar la plenitud de su ser y brillar libre y feliz como corresponde al que llena debidamente las facultades todas de su existencia.

Desgraciadamente, no fué posible al hombre recien salido de la evolución de especies inferiores, hallar la fórmula de la sociedad perfecta, y formó unas agrupaciones rudimentarias, incapaces de facilitar el progreso y desconocedoras de toda noción de justicia.

Fundada la sociedad primitiva con tal grado de imperfección, sentíranse necesariamente deseosos de reforma, impulsados por aspiraciones más o menos justas y racionales, constituyendo ese cúmulo de transtornos, guerras y revoluciones, que integran la historia, a través de las cuales se ve cómo avanza el progreso con paso lento y seguro.

Mas, si todos los régimenes sociales en que la sociedad ha vivido, fueron imperfectos y como consecuencia tuvo su origen el progreso, los cuales sintieron y comprendieron la existencia del mal, trabajaron necesariamente para destruirle o al menos para atenuarle.

Los hombres de sentimientos generosos que vieron el mal como un hecho fatal, sin elevarse al estudio de sus causas, y por consiguiente sin poder abrigar la esperanza de su destrucción absoluta, se detuvieron en la práctica de la *caridad*. Jesús el Nazareno, al recomendar la caridad a sus discípulos, les dijo: "Siempre habrá pobres entre vosotros."

Los hombres justicieros que vieron el mal como un resultado de la organización defectuosa de la sociedad, y esperaron la sociedad justa y perfecta de la reciprocidad del derecho y del deber, inauguraron la *solidaridad*. Los fundadores de la Asociación Internacional de los Trabajadores, al propagar la organización de todos los desheredados del patrimonio universal, escribieron este sacrosanto lema: "No hay deberes sin derechos, no hay derechos sin deberes."

Es, pues, la *caridad*, un paliativo inútil, hijo de la ignorancia, que aplica el remedio a una dolencia que cree incurable.

Es la *solidaridad* a la vez que un recurso del momento, una protesta contra la injusticia y una promesa de reivindicación.

Pero la *caridad*, aunque ineficaz ante el fin que se persigue, pretende avasallarlo todo, se atribuye un origen divino, y aspira a que todos los hombres sean caritativos, y en ese concepto perpetúa la iniquidad y se opone a la justicia.

Y la *solidaridad*, por cuanto afirma y ampara el derecho de todos, dignifica a los individuos, fortalece a las colectividades y, aunque de origen puramente humano y aún plebeyo, es por esto mismo perfectamente racional y constituye un poderoso elemento para la práctica de la justicia.

Son *caritativos*, cuando no hipócritas, los que conformándose con la doctrina de su maestro, quieren que siempre haya pobres oprimidos, explotados e ignorantes, y, por consecuencia, tiranos y explotadores.

Son *solidarios* los que, rechazando la caridad, quieren para todos la participación en el patrimonio universal y se agrupan en acrítica organización, para combatir la sociedad del error y establecer los fundamentos de la sociedad científica.

La *caridad* socorre, a lo sumo, al individuo menesteroso; pero no tiene siquiera una palabra de consuelo para la colectividad sometida a un régimen tiránico que convierte en víctimas a la inmensa mayoría de sus componentes, antes predica la sumisión y adula al tirano llamándole representante de la divinidad.

La *solidaridad* acoge bajo la protección del derecho, a cuantos la aceptan y niega su acatamiento a la tiranía.

La caridad es injusta y reaccionaria. La solidaridad es justa y progresiva.

ANSELMO LORENZO

(1887)

DE LA GUERRA AL SOCIALISMO

Las hipótesis de Ernest Coeurderoy en 1854 y de Bertrand Russell en 1923

"Estas tres unidades engranarán por medio de pueblos de caracteres ambiguos": eslavos y latinos por los provenzales y rumanos; eslavos y escandinavos por los daneses y los alemanes del norte.

España y Rusia en Constantinopla aproximarán Asia a Africa.

He ahí uno de los raros ensayos para encontrar una solución a la vez nacional y social al problema de la Europa y de la revolución social mundial, hecho por un libertario de los más convencidos, que se siente guiado por el espíritu del fourierismo, para agrupar por atracción y dar el impulso más libre a cada cualidad particular, de suerte que todos son agrupados del mejor modo según sus afinidades y utilizan libremente todas sus facultades. Desgraciadamente, en mi opinión al menos, el autor cree en la utilidad, hasta en la necesidad del cruce de razas y no ve otro desenlace para esa serie de razas que no han sabido comprenderse y entrar en solidaridad cordial o al menos normal, extendiéndose los pueblos de Francia a través de Alemania hacia el este eslavo.

Es un medio mucho menos brutal y que, cualquiera que fuese la salida, quitaría a esos pueblos el sello particular propio a cada nacionalidad y que Coeurderoy comprende muy bien y quisiera conservar y utilizar en bien de los angloescandinavos y de los latinos del mediodía. La solución es, pues, un remedio que con la enfermedad llevaría también al enfermo y dejaría al ser ambiguo de composición y cualidades desconocidas.

IV

Las últimas visiones comprenden América, Asia y Oceanía.

Coeurderoy pinta esas invasiones rápidas de los grandes piratas escandinavos (normandos) hacia las costas y, a lo largo de los ríos, hacia el corazón de los grandes países de la edad media, Francia, Rusia, Italia, Inglaterra y más tarde América; en una palabra, une ese Estado y su coronamiento, los Estados Unidos, y ve siempre los mismos rasgos muy finamente observados.

..."Los Estados Unidos de América, — dice con una previsión que se ha realizado ya ampliamente — llenarán en la humanidad la misión realizada ya por Inglaterra, que asumió la misión de Cartago, de Venecia, de la liga Anseática (Hansa, federación de las ciudades comerciales sobre todo vecinas de las costas alemanas del Báltico y del Mar del Norte), de Holanda, etc., etc. Pero a medida que la raza humana se acrecienta (1) la influencia de las naciones se extiende; y lo mismo que Gran Bretaña ha fundado un imperio más vasto que las potencias marítimas que le precedieron, lo mismo los Estados Unidos abarcarán en el mundo posesiones infinitamente más extensas que las de la Inglaterra actual (de 1854, que son muy inferiores a las de la Inglaterra de 1924). Y como la humanidad gana a medida que avanza en edad, la civilización americana recorrerá mucho más rápida y más libremente su evolución que la civilización inglesa, que reposaba sin embargo en los mismos principios de monopolio industrial y de anexión política"...

Los anglosajones han adoptado en todas partes, desde la Heptarquía sajona (de hace más de mil años) a las constituciones presentes "el sistema político de la Confederación, que deja al individuo dueño de sus derechos y asegura a la sociedad el disfrute de los recursos de utilidad general.El sistema federativo es es eminentemente propio para la anexión constante de nuevos Estados"...

Los Estados Unidos industrializarán primero su inmenso territorio y se extenderán en su proximidad, lo que ocupará el resto del siglo XIX — "y no es antes cuando... pueden soñar en tomar parte activa y directa en los asuntos de Europa. Ciertamente América nos devolverá las invasiones que le hemos hecho sufrir; eso entra en las leyes de la evolución humana. Pero la próxima revolución de Europa será hecha por la fuerza, por la centralización, por Rusia; la que deben operar la libertad, el federalismo y América no vendrá sino mucho después, cuando hayan sido agotadas las consecuencias de la primera. Los Estados Unidos podrán bien obrar sobre Europa por las coaliciones de capitales, por iniciativas individuales, por expediciones López (filibusteros), por estímulos indirectos a la insurrección, por influencias semi-oficiales — así como está en las tendencias y en la política de la raza anglo-sajona. Pero ciertamente los Estados Unidos no tendrán ninguna influencia general y decisiva en los inmensos acontecimientos revolucionarios que van a trastornar el viejo mundo. El *momento* pertenece a Rusia".

..."América no conquista con el plomo, sino con el dinero, la más mortífera de las máquinas de guerra. Compra Estados como fardos de algodón; explota la miseria de las naciones arruinadas como el capitalista chupa la sangre del proletario enfermo. Desconfiad de las naciones que encadenan con el oro; es con el oro con lo que se forjan las cadenas más duraderas. Desconfiad de las naciones que compran esclavos negros y hacen morir de hambre a los esclavos blancos. Desconfiad de las repúblicas que sanifican el gobierno, la propiedad, la usura y la ganancia, de las repúblicas hostiles al socialismo, a la igualdad ante el trabajo y el bienestar! ¡Desconfiad de las naciones sajonas y de los gobiernos constitucionales! ¡Su misión no es libertar a los hombres!

En su visión de la guerra de 1855 Coeurderoy ve a los ingleses del Canadá a las greñas con los Estados Unidos y finalmente al Canadá asociado a los Estados Unidos, lo mismo que las Antillas y Cuba; "se crearán un partido numeroso en Santo Domingo, donde suscitarán revoluciones sangrientas". Los rusos permanecerán en el noroeste del continente (Alaska).

Las repúblicas de América del sur formarán una Confederación de numerosas relaciones.

En Asia, después de la marcha de los ingleses de las Indias, los rusos y los americanos invadirán el territorio, los rusos, aliados de Persia, del norte, y los americanos, dueños del mar, por el sur. 'Revoluciones interminables agitarán la China. Los dos pueblos invasores tratarán de ejercer una influencia sobre el resultado de esas revoluciones" (¿No sucede eso en este momento? — Del Japón no se habla aun en 1854). — "En fin, el Celeste Imperio no podrá librarse de la influencia de las otras naciones. El mundo chino servirá de intermediario en Asia a las razas eslava y anglosajona"...

De Oceanía, de las islas dispersas por el inmenso océano, la última fantasía del autor hace un abismo de aislados de todas las razas. Australia atrae su curiosidad siempre viva: "¡Ah, si tuviese ánimo para revivir. Australia! Volaría hacia tí. Pero la iniquidad de este mundo me ha quebrantado!"...

Esta serie de previsiones se termina con las palabras: "¡El burgués es el enemigo!"

Estoy lejos de dar a estos juegos de una imaginación libertaria una importancia exagerada o algún valor permanente. Estos son tanteos necesariamente imperfectos y que los setenta años de nuestra experiencia de 1854 a 1924 nos permiten controlar fácilmente. Pero el porvenir — ¿es más claro ante nosotros de lo que lo fué ante el buscador aislado de 1854 que se esforzaba por atravesar sus tinieblas? ¿Cuáles son nuestras esperanzas, nuestras previsiones? ¿Es inútil pensar en las grandes líneas de la evolución futura? ¿Es preciso dejar estas cosas a la sabiduría de los gobernantes y de los diplomáticos, al desinterés de los financistas, a la propaganda verídica de los grandes oradores y de los grandes periodistas? ¿O bien el mundo está de tal modo fragmentado hoy que cada país, como cada hombre, no piensa más que en sus propios asuntos y es el enemigo de cualquier otro país, de cualquier otro hombre. ¿No se tiene más que un economismo exclusivo y simplista, indiferente para cualquier otro problema? ¿Se cree que la palabra *internacionalismo* basta para pasar por encima, una vez por todas, esos mil problemas, relativamente poco complicados aun en 1854 y después más inconsolables y más innumerables que nunca?

Se encontraría mucho sobre esos problemas en los escritos de Proudhon, de Bakunin, de Reclus, de Kropotkin — se encuentra muy poco en los escritos de la mayoría de los otros libertarios y sobre todo de los de nuestro tiempo de después de la guerra, en que sin embargo a nuestro alrededor abundan esos problemas que se presentan cada día bajo nuevas formas.

Quisiera oponer a las concepciones de Coeurderoy (1854) una opinión igualmente independiente de un observador socialista o anarquista de nuestro tiempo sobre el porvenir ante nosotros, en 1924, no fiándome de mis propias opiniones. Sin duda conozco demasiado poco lo que se publica ahora en los grandes países; en todo caso no he podido encontrar más que un solo libro que me parezca importante bajo este aspecto: *The Prospects of Industrian Civilization* (Las perspectivas de la civilización industrial), por Bertrand Russell en colaboración con Dora Russell (New York and London, Century Cª, 1923, 287 págs. en 8º, prefacio del 10 de mayo de 1923).

Se sabe que el autor es ese sabio matemático inglés, que fué encarcelado durante la guerra por su crítica a los métodos oficiales de *bourrer les crans*. Es socialista, sin duda autoritario, o más bien no se preocupa del problema de la autoridad, pero es pensador e investigador independiente y sus opiniones están basadas en una inteligencia y en una experiencia de los engranajes del mecanismo mundial que son notables. Le falta ese amor y esa necesidad de la libertad que sentimos los anarquistas, y no parece interesarse de ningún modo por nuestras ideas. Pero, me atrevo a decirlo, la culpa no es de él solo. Es un sabio ante todo y si hubiese encontrado en su disección de las fuerzas activas en este momento y que determinan el porvenir inmediato que se esfuerza por anticipar, el *factor libertario* en cantidad apreciable, se habría ocupado de él, — en pró o en contra, no importa. Pero es triste constatar que ese factor libertario es tan poco visible, se hace valer tan poco, que no lo ha visto o lo creyó una cantidad descuidable. Se engaña, y yo espero que la libertad será un factor omnipotente, el elemento salvador en el porvenir próximo,

(1) *Según las cifras reunidas por E. Armand en* Le Libertaire, *París, 25 de octubre de 1924, desde 1832 la población del globo se había duplicado (1.700 millones); Europa, de 80 millones en 1700, 160 en 1800, había contado 465 millones en 1916, sin tener en cuenta la enorme emigración del siglo XIX. Evidentemente estos hechos dominan con una intensidad creciente todas las relaciones entre los pueblos, aumentan la brutalidad de los más fuertes y carcomen los débiles gérmenes de la solidaridad.*

pero en este momento aun es demasiado poco visible. Sé que vive en nuestro pensamiento, en la acción abnegada, constante de tantos camaradas, pero con todo eso no tiene ese puesto en el pleno sol de la vida intelectual, moral y social mundial que le es debido. — Resumiendo aquí algunas ideas de Bertrand Russell lo hago, como para Coeurderoy, sin aceptarlas ni recomendarlas y sin expresar a cada paso la crítica que me sugieren; traigo esas ideas a nuestro medio para que sean objeto de reflexión, de crítica y de pensamiento nuevo.

El autor reconoce que "todas las creencias y hábitos basados en una autoridad irracional han caído (en nuestra época). Los *tabus* (cosas prohibidas por un veto absoluto religioso, social o de otra especie), creencias religiosas y hábitos sociales son la fuente del orden en las tribus no civilizadas, en tanto que existe el orden en ellas, y permanecen la fuente del orden a través de las etapas sucesivas de la cultura hasta el momento que, en fin, el intelecto escéptico muestra su absurdo. Eso sucedió en Atenas en la altura de su gloriosa política y cultura, y en el caos que resultó de ello Atenas pereció. Esto ocurrió en Italia a fines del siglo XV, e Italia fué hecha esclava de los españoles fanáticos. Eso ocurre ahora en todo el mundo civilizado: los antiguos lazos de la autoridad han sido deshechos por la guerra, los hombres no quieren someterse ya porque sus antecesores se sometieron, se pide una razón para abstenerse de la reclamación de sus derechos y no se ofrecen más que razones ficticias que no convencen más que a los que tienen un interés egoísta en ser persuadidos. Este estado de rebelión existe en las mujeres hacia el hombre, en las naciones oprimidas contra sus opresores y ante todo en el trabajo hacia el capital. Es un estado de peligro, como demuestra toda la historia del pasado; sin embargo, está también lleno de promesas, al puede vencer la rebelión de los oprimidos sin una lucha demasiado terrible y resultar en el establecimiento de un orden social estable" (pág. 6-7).

El peligro señalado parece ser éste: que el abandono local de la autoridad produce un estado de debilitamiento de que se sirven los autoritarios que quedan; Esparta, autoritaria, más tarde Macedonia, imperialista, aplastan a Atenas, que no quería más que permanecer libre. Se puede decir que en nuestros días el bolchevismo y el fascismo son esas fuerzas reaccionarias atávicas que — con tantas otras fuerzas imperialistas, financieras y otras, — amenazan sofocar la libertad que quisiera nacer del desastre de la autoridad. ¿Triunfarán? — He aquí el problema.

"El socialismo, — escribe Bertrand Russell, págs. 72 y 73, — es naturalmente internacional en teoría, pero su internacionalismo parece ser sólo un efecto transitorio en su lucha mundial con el capitalismo. Un gobierno comunista, como el que comienza a aparecer en Rusia, puede llegar a ser tan nacionalista como su predecesor capitalista. Sería quizás posibe al socialismo crear los Estados Unidos de Europa, lo que sin duda sería un suceso. Sería también posible y probablemente más fácil al comunismo ruso producir una unión de toda el Asia con excepción del Japón. Pero es difícil imaginar que el socialismo producirá una unión en un block europeo con el Asia oriental, o un bloc asiático con la Europa occidental, y aun más difícil imaginar la unión de uno de esos blocs con los Estados Unidos de América. Es claro que la tendencia a acrecentar las dimensiones de los imperios continuará, aunque no fuese más que por causa de la defensa en caso de guerra. Es claro también que con la declinación del comercio y el desenvolvimiento de los submarinos los imperios marítimos se hacen imposibles. Estas consideraciones sugieren la posibilidad de una organización mundial sobre líneas más o menos como éstas: los Estados Unidos, que dominan todo el norte y el sur de América; Rusia que domine toda el Asia; un bloc de Europa con excepción de Rusia que domine el Mediterráneo y Africa por el cierre del estrecho de Gibraltar. En un mundo repartido así, una guerra defensiva sería fácil y una guerra ofensiva imposible. El hábito de las guerras se extinguiría entonces gradualmente y las relaciones entre los Estados diferentes serían tan pocas y triviales como para no ofrecer ninguna causa de hostilidad".

Pero añade: "Antes de que ese estado de cosas pueda ser alcanzado, el nacionalismo habrá producido desastres terribles, al menos que el hombre pueda ser despertado a comprender que es una demencia. Es preciso esperar que América trate al Japón como los aliados han tratado a Alemania, que habrá luego una gran lucha entre Rusia y América por la explotación de China, y que la Europa occidental (1) descenderá a las más hondas profundidades de la miseria, antes de ser llevada, por el peligro de presión rusa en el este y americano en el oeste, a olvidar las enemistades ridículas legadas por la guerra. Cuanto quedará de la civilización cuando llegue ese día, es un asunto de gran duda. Todos estos desastres pueden ser advertidos, si tocara a los hombres de Estado algun sentido común o humanidad ordinaria, o si los pueblos comprendieran el hecho de que en el mundo moderno se puede sólo hacer mal a sus enemigos haciéndose mal a sí mismo. Pero el mundo está en un estado de espíritu en que el odio triunfa sobre el propio interés y es posible que el hombre no se apartará del odio más que después de la realización inevitable de todo el ciclo de la ruina. El patriotismo y la guerra de clases son los dos grandes peligros del mundo en la edad presente. El progreso material ha aumentado el poder de los hombres para hacerse mal unos a otros, y no hay un progreso moral correspondiente. Hasta que el hombre haga que la guerra, en otro tiempo un pasatiempo agradable, hoy un suicidio de raza, y vea que la satisfacción del odio en presencia de los medios modernos de destrucción, hace la vida imposible, no puede haber esperanza para el mundo. Lo que es preciso es el progreso moral; es preciso que los hombres aprendan la tolerancia y a evitar la violencia, o la civilización perecerá en la degradación y la miseria universales" (págs. 73-74).

Estas últimas notas son un resúmen lapidario de una situación formidable. En efecto, el progreso moral ha quedado tras el progreso material y ésta es una constatación de grande y fatal alcance: se aplica también al socialismo y a todos los movimientos avanzados. El socialismo de hace un siglo proclamó una regeneración integral de la humanidad, pero los sufrimientos provocados por el capitalismo siempre insatisfecho fueron tales que la lucha muy material, la defensa física del obrero, absorvió el esfuerzo colectivo y el aspecto moral, la educación en la libertad, quedaron en segundo plano, sostenidos siempre por los libertarios, pero descuidados por los organizadores, los conquistadores de masas de electores y los reformistas llamados prácticos. De ahí la falta de verdadera fuerza moral, es decir sinceramente libertaria y solidarista, generosamente humanitaria del socialismo vulgar, cuyos miembros, convertidos en jefes, mandan, gobiernan, hacen aprisionar y fusilar como un burgués llegado al poder. El socialismo vulgar tiene la cualidad de un ejército, propio para hacer lo que se le mande, pero sin vida generosa, humana. Así en verdad todos están casi al mismo nivel, socialistas vulgares y burgueses y como entre Estados, entre nacionalidades que se detestan, nada más que luchas estériles y dictaduras alternadas con otras dictaduras más fuertes es lo que puede resultar de eso — en tanto que la libertad no haga oír su voz. Pero ¿quién puede hacer resonar esa voz si no son los libertarios en el sentido más amplio?, y estamos lejos de ello, me parece. Se creo quizás que vale más dejar podrir este viejo mundo, pero se olvida mucho que esta abstención implicaría nuestra propia muerte, que el aire estará cada vez más viciado y que el esfuerzo tardío de los libertarios encontrará más obstáculos en un mundo cada vez más odioso, y, por el lodazal y la ruína, cada vez más mísero. Es preciso resistir al mal y eso de una manera vasta que salga de las vías convencionales en que la rutina retiene también nuestro esfuerzo habitual.

Bertrand Russell piensa que en la ausencia de socialismo y de internacionalismo, las pasiones en conflicto suscitadas por el sistema industrial y los medios de destrucción modernos son tan grandes, que en el curso de este siglo ese sistema y nuestra civilización se destruirán por sí mismos. Será necesario después volver a comenzar como después de la invasión de los bárbaros.

"Es posible,— dice (pág. 75) — que a la larga sea esa la alternativa más deseable. Puede suceder que los restos de nuestra civilización antigua necesiten siglos para perecer, antes de que haya lugar para una nueva evolución. Puede suceder que la vida civilizada haya agotado el vigor y la iniciativa del hombre, y en este caso será preciso un largo período de primitividad y de instintos no inhibidos para restablecer la energía necesaria para una construcción nueva. Sería temerario e inútil al mismo tiempo tener una opinión sobre estas cosas..."

¿Deseamos nosotros esa perdición completa de la civilización para reconstruirla después completamente? Esto es fácil decirlo y entonces no habría más que cruzarse de brazos y dejar pasar el mal. Pero no olvidemos que esta agonía prolongada deteriora todos los hombres, sin exceptuarnos a nosotros mismos, y que será preciso reconstruir el nuevo mundo, no con algunos hombres nuevos llegados de no se sabe dónde, sino con esos mismos hombres deteriorados. Por tanto ese trabajo será primitivo, penoso, aleatorio y no presentará de ningún modo ese aspecto glorioso y armonioso que soñamos, que le atraería todas las simpatías y todo concurso espontáneo. Al contrario, esa masa deteriorada, rencorosa hasta el fin, la gran crisis final, habrá conservado, intensificado sus instintos autoritarios, fascistas, y nuestro trabajo sería tan difícil, sino más difícil, que ahora. La otra alternativa es la de quedar en contacto intensificado con el mundo tal como es, para esforzarse en darle impulsos generosos y libertarios. No soy yo el llamado a juzgar esa cuestión, pero pienso que hay lugar a reflexiones.

Russel se figura así un *internacionalismo* no sentimental, pero que podría gobernar el mundo, es decir, que podría hacer valer sus decisiones y regular así las relaciones de las naciones entre sí de otro modo que según su fuerza militar relativa. "Un tal organismo no se ocuparía sólo de cuestiones territoriales, sino de la emigración y de la inmigración en una gran escala, del racionamiento de las materias primas, y quizás en último lugar de la distribución de la fuerza motriz de centros internacionales de fuerza". Ejemplifica eso con la situación de Suiza, con toda la fuerza motriz de los torrentes alpinos en el caso del agotamiento del carbón en Europa: la distribución de esa fuerza motriz alpina suiza no podría ser regulada equitativamente más que por lo que él llama un "fuerte gobierno internacional". Este último, según él, sería deseable, para la prevención de las guerras y para asegurar la justicia económica entre naciones y poblaciones diversas.

Toma como ejemplo de actualidad el petróleo de Georgia en el Cáucaso y dice: "Es contrario a toda doctrina socialista razonable que el petróleo deba ser propiedad privada de Georgia, pero no hay una razón mejor para que pertenezca a la Rusia soviética. Debería pertenecer a una combinación mundial que lo racionara a los diversos países según sus necesidades y su capacidad económica para utilizarlo. Los canales de Suez y de Panamá son casos análogos. Sería absurdo que pertenecieran absolutamente a las poblaciones vecinas, pero no hay ninguna razón para que deban pertenecer a Inglaterra y a los Estados Unidos. Si estos dos países fueran socialistas, no tendrían derecho a esos canales como lo tienen ahora, pero quizás estarían deseosos de retenerlos, como Trotzky desea retener el petróleo de Georgia. El socialismo nacional no resolverá, pues, nuestro problema".

He ahí el problema planteado. Las riquezas naturales — ¿pertenecen a la localidad, al país, al país más grande que sabe poner mano sobre el país más débil, o pertenecen a la humanidad entera? — ¿y cómo hacer participar de ellas a la humanidad entera, única solución equitativa, por tanto socialista y libertaria? — El libre acceso a las riquezas consideradas inagotables es tan equitativo como el racionamiento o el reparto según las necesidades de cada país para las riquezas naturales de cantidad limitada — y ya o bien pronto serán todas más o menos limitadas—. Una apropiación para los más fuertes, capitalistas, Estados o grupos de Estados, establece exactamente la misma relación de propietarios y proletarios entre pueblos o países que el capitalismo establece entre posesores y desheredados. Pero de una manera aunque sea indirecta o parcial, todo el pueblo, todos los obreros de un país posesor de esas riquezas naturales se aprovechan de su presencia y lo mismo toda la población de otro país sufre por tener que tolerar las exacciones de los *beati possidenti* del petróleo, del trigo, del hierro, del carbón, de la fuerza motriz, del terreno fértil, de los puertos, etc. Con el acrecentamiento del número de los hombres, que la propaganda malthusiana es infinitamente demasiado débil para esperar restringir, ese problema adquiere más actualidad y no desaparecerá ya. *El solo*, si los espíritus no son ganados para una solución equitativa y generosa, basta para perpetuar e intensificar los odios, las codicias, los nacionalismos, los Estados, para solidarizar los socialismos *nacionales y locales* con los Estados, para impedir el internacionalismo, la paz y el advenimiento de nuestra anarquía que está frente a los obstáculos cada vez mayores, mientras que es ella sola la que ofrece una solución mucho más equitativa que el organismo de control internacional de que habla Bertrand Russell, que no ve — y no se engaña demasiado — muchas fuerzas *voluntarias* que, con ímpetu y ardor, reclamen una solución verdaderamente socialista del gran problema de las riquezas naturales difundidas por el globo, largo tiempo sin utilizar e invisibles, de suerte que los hombres que pueblan el globo se las han repartido en parte sin tenerlas en cuenta: de ahí que ahora, cuando la necesidad de esas reservas aumenta, hay incongruencia entre su dislocación y la de los hombres, sin hablar de las necesidades más y más generalizadas e igualizadas del número inmenso de la población del globo. El que abra un camino a la discusión general de este problema habrá merecido bien del socialismo, y la anarquía, puesto *que quiere la destrucción de los Estados*, es la única que está en la posibilidad de ofrecer una solución completa y sincera.

Max Nettlau

---

(1) *Occidental quiere decir aquí: occidental y central, toda la Europa que no es rusa.*

Un tomo en 8°. de 268 págs. $ 1.20

Los jefes de los reinos y de las repúblicas han consignado en sus libros que el derecho de gentes es el derecho de la guerra. Y han glorificado la violencia. Tributan honras a los conquistadores y yerguen estatuas al hombre y al caballo victorioso en las plazas públicas.

Anatole FRANCE.

Es conveniente la lectura de los malos libros para la formación del gusto, siempre que también se lean o se hayan leído los buenos.

Sainte BEUVE.